Al día siguiente, encomendando el sacerdote al pueblo que rogase por aquel difunto, apareció en la iglesia una blanca paloma, la cual dejó caer á vista de todos una cédula á los pies del sacerdote. Tomóla éste, y halló escritas en ella estas palabras : « El alma del difunto, apenas salió del cuerpo, se fué al cielo Y vos proseguid en predicar la infinita misericordia de Dios. » — LIGORIO.

DÍA XII.

MEDITACIÓN.

María Madre de la Luz como Maestra de la humildad.

PUNTO ÚNICO.

Considera que á proporción de la altura á que elevó María el edificio de todas las virtudes, así lo profundo de los cimientos que zanjó, quiero decir, la humildad. Así lo reveló la misma Señora á Santa Brigida : « Tuve tanta humildad, la dijo, que ninguna criatura, ni ángel, ni hombre fué más humilde que yo »[1]. Es la humildad, por lo que respecta al entendimiento, un conocimiento claro de la grandeza de Dios y de la propia miseria, de donde nace la firme persuasión en la persona humilde de que de sí propia nada tiene, ni nada merece ; que si algo tiene, ya sea en el orden de la naturaleza, ó ya sea en el de la

[1] *Rev.*, lib. I, cap. XLII.

gracia, todo es de Dios. Por eso dijo San Bernardo hablando de esta virtud : « La humildad del juicio es con la que uno, mirándose á sí mismo á la luz de la verdad conoce su vileza y se abate delante de Dios. » Por parte de la voluntad, no es otra cosa que un ardiente deseo de la caridad divina, queriendo para Dios toda la gloria, y para sí toda la confusión y abatimiento. De donde procede que el verdaderamente humilde ama los desprecios y se alegra cuando es reputado y tratado según él se cree de indigno delante de Dios.

Aunque la Santísima Virgen María no ignoraba el inmenso tesoro de gracias, favores y distinciones con que el Omnipotente la había enriquecido desde el primer momento de su ser; sin embargo, estas mismas gracias y favores eran para ella un nuevo motivo de confusión. « La gracia santificante, dice San Bernardino de Sena, que recibió en el vientre maternal, de tal suerte fundó desde el principio su alma en el abismo de la humildad, que como ninguna criatura, después del Hijo de Dios, subió á tanta dignidad de gracia, así ni bajó á tan profundo abismo de humildad. »

La santidad de María fué semejante á un árbol de primera magnitud, que, á proporción que eleva su copa hacia los cielos, echa más profundas raíces en la tierra. Ni estuvo sola en María esta humildad de entendimiento, sino que anduvo acompañada de la de voluntad, que es la que forma al verdadero discípulo de Nuestro Señor Jesucristo : « Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón »[1].

[1] Math., cap. XI, vers. 29.

Y de tal manera se apoderó del corazón de la bienaventurada Virgen esta virtud, que, olvidada ella de sí misma, en nada más pensaba, nada quería ni aspiraba á otra cosa que á dar en todo y por todo honra á Dios. Así lo reveló ella misma á Santa Brígida : « No quise mi alabanza sino de solo el Criador. » Lo que probó bastantemente cuando, honrada por su prima Santa Isabel como Madre de Dios, « ¿De dónde á mí tanta dicha, que venga la Madre de mi Señor á visitarme? ». María, en contestación, prorrumpió en aquel sublime cántico, que será la admiración de los siglos, en el que, confesándose indigna delante del Señor, sólo á su Majestad atribuye toda la gloria. Y aun todavía comprobó más con las obras que con las palabras la baja estimación que tenía de sí misma.

La veremos, pues, unas veces ocupada en bajos y humildes ministerios en la casa de Zacarías; otras, presentarse al templo con su divino Hijo, sujetándose ambos á una ley humillante que no los comprendía, reputada siempre por una simple mujer de un carpintero, y en los honores que alguna vez se le tributan á su Hijo ella no tiene parte, ni asiste á las glorias del Tabor; pero sí está firme en las ignominias del Calvario. San Buenaventura nota que aun después que Jesucristo subió á los cielos quiso ella ser la última de quien hiciese mención el sagrado autor de los Hechos Apostólicos. « Se portaba como la ínfima de las mujeres para ser contada la última. » Por esto dijo un piadoso autor, que aunque María haya dejado muy grandes ejemplos de toda virtud, sin embargo, de la humildad, como de virtud favorecida suya, imprimió en su vida las estampas más admirables y luminosas. ¡Oh humildad incomparable de María!

¡Cuánto, pues, no debe amar María á los verdaderos humildes!, y éstos, á su vez, ¡cuánto no deben esperar de su poderoso patrocinio!

¡Alma mía! Si hasta aquí te has dejado llevar del viento de la vanidad, ó arrebatar de la corriente de la soberdia, vuelve sobre ti á la luz de este purísimo espejo; mírate frecuentemente en él, y procura copiar en ti sus perfecciones. Confúndete delante de Dios á la vista de tus extravíos, y pídele por conducto de su Santísima Madre te perdone y te salve.

EJEMPLO.

En la ciudad de Salemi una buena mujer no cesaba de amonestar con caridad á su perverso marido para que viviese cristianamente y se abstuviese de ciertas malas compañías. El inicuo hombre por esto mismo comenzó á aborrecerla, y resuelto á darla muerte, una noche con un cuchillo improvisamente la asaltó para ejecutarlo y la hirió con muchos mortales golpes. La buena mujer, que desde el primer asalto había invocado á nuestra Madre Santísima, diciendo: «Madre Santísima de la Luz, hacedme á lo menos confesar», hubo visto entonces como una sombra, mas toda luminosa y resplandeciente, y oído decirse con voz sensible: «Alégrate, que recibirás los Santos Sacramentos y no motirás ». Falta de fuerzas, casi del todo desangrada, y nadando en su propia sangre, quedó coma muerta. Por tal la tuvo el marido, que, tomándola por los cabe-

llos, levantándola la cabeza, y no descubriendo señal alguna de vida, huyó de miedo de la justicia. No dejó de advertir estas cosas la mujer, que pudiendo luego gritar, lo hizo, concurriendo la vecindad é instando ella por confesor. Vino éste, y porque la halló sin habla, sin pulso y sin respiración, la creyó muerta. Pero esperando un poco, sucedió que la infeliz abrió los ojos y dijo: «Nuestra Madre Santísima de la Luz me ha hecho el milagro, y quiere que yo me confiese y reciba el Santísimo Viático»; lo que hizo luego con singular piedad. Y, puesta después en cura, que como de un cadáver emprendió un cirujano con mayor esperanza en la protección de nuestra Madre Santísima, á quien ella se encomendaba todos los días, que en los remedios del arte, en espacio de veinte días se terminó la cura, y la mujer, restituída á su primer estado por prenda de un agradecimiento á nuestra Santísima Madre, ofreció unos manteles para su altar.

DÍA XIII.

MEDITACIÓN.

María Madre de la Luz por la luz de gloria esencial que goza.

PUNTO ÚNICO.

Considera que si la gloria que los santos gozan en el cielo es en proporción del mérito que contrajeron acá en la tierra, ¿quién será capaz de comprender la gloria que disfrutaría,

cuando ni los ángeles ni los hombres juntos la han igualado en merecimientos? Ella ha excedido en gracia y méritos á la Jerusalén triunfante y militante; luego la gloria que goza debe ser muy superior á la de todos los ángeles y santos. La gloria es de dos maneras: una esencial y otra accidental: la primera consiste en conocer y amar á Dios á cara descubierta sin el velo de la fe, según nos enseña el Apóstol, y de ésta es de la que ahora hablaremos.

El Espíritu Santo llama á su esposa María «bella como Jerusalén»[1], y el sanso Arzobispo de Cantorbery, instruído por la misma Virgen Santísima, dijo: «María sola tiene mayor gloria que todos los ángeles y santos.» Pensamiento que confirma el P. Suárez con estas palabras: «La bienaventurada Virgen vence en perfección de la visión beatífica, no sólo á cada uno de los ángeles y hombres, sino tambien todas las perfecciones de todos tomadas por junto.» Y esto es lo que nos ha querido dar á entender el mismo Espíritu Santo cuando ha comparado á María ya á la luna, *pulchra ut luna*, ya al sol, *electa ut sol;* significándonos en la primer comparación la igualdad de María con la innumerable multitud de ángeles y santos, y en la segunda lo que á todos aventaja. Porque así como á la presencia del sol desaparece la luz de la luna y el brillo de las estrellas, así á la presencia de María se opaca la luz de gloria de toda la Jerusalén triunfante. Por esta razón, la mujer misteriosa que vió San Juan tenía la luna á sus pies y las estrellas en forma de corona;

[1] Cant., cap. VI, vers. 3.º

denotándonos con esto, dice San Alberto, que la Iglesia universal, aun la triunfante, es muy inferior á María, pues apenas le sirve de peana y de corona, y sólo ella está revestida del sol, disfrutando interiormente de un incomparable conocimiento y amor de la Divinidad, y difundiendo en el exterior un exceso de resplandores. A esto alude también aquel texto de los Proverbios: «Muchas hijas amontonaron riquezas, pero tú excediste á todas ellas.» He aquí por qué San Buenaventura exclama: «¡Oh gran Madre de Dios! Tú excediste á todas juntas. María se aventaja á todas las hijas; esto es, á todas las almas y á todas las inteligencias angélicas en riquezas; es decir, en la naturaleza, en la gracia y en la gloria.»

Este exceso convino á María de tres maneras: de justicia, por sus méritos; de dignidad, por ser Madre de Dios, y de gracia, por el amor que su Santísimo Hijo la tuvo. Y si Salomón tuvo á grande honra suya elevar al trono á Betsabé, su madre, ¿qué dejaría de hacer en favor de María el Hijo de Dios, modelo perfectísimo de los buenos hijos? ¡Ah! ya lo dijo David mucho tiempo antes: «Se presentó la Reina á tu derecha con vestidura de oro recamada de preciosas variedades»[1]. De donde podemos inferir que, por más que los santos y los ángeles hayan gozado y gocen de gloria, nunca pueden igualar á la que sola María disfruta.

Llevada por su divino Hijo sobre todos los coros de los ángeles y santos, su gloria esencial, esto es, su conocimiento y amor beatífico, excede al de todos aquéllos. Su imperio es universal, su dominio es absoluto, su trono sólo al de Dios es inferior. ¡Oh gloria inefable de María!

[1] Salmo XLIV, vers. 10.

A la luz de tanta gloria, ¿qué dices, alma mía, tú que tan poco te cuidas de adquirir el conocimiento y amor de Dios en esta vida? ¡Ah miserable! Te has olvidado que este mundo es el noviciado de la gloria, y por eso no procuras hacer méritos por alcanzarla. Duélete de tu flojedad y pide á nuestra Madre Santísima de la Luz te ilustre con un rayo de la que ella goza, para que sepas aprovechar el tiempo que Dios quiera concederte en este mundo y lo emplees en su santo servicio.

EJEMPLO

Hallándose en el campo, muy distante de la tierra de Partana, Miguel Muscita se sintió adolorido en todo el cuerpo, y tan adormecido y pasmado, que no podía dar un paso. No sabía qué hacer, desmayaba y temía morir abandonado en el campo sin sacramentos y sin socorro humano. Volvióse entonces con el corazón á nuestra Madre Santísima, invocándola también con la boca, y estando en la oración sintió agitarse, moverse y soltársele muchos humores, que concurriendo de muchas partes al estómago unidos, le causaron allí como un tumor. Con esto, como descargado de una violenta opresión, recobró el movimiento de su cuerpo y el vigor necesario para caminar, y pudo restituirse felizmente á su casa; llegado á ella, se le deshizo el tumor del estómago, esparciéndosele de nuevo por todo el cuerpo el humor, que lo tuvo en la cama por

cuatro meses con una mortal enfermedad, de que finalmente se libró, reconociendo uno y otro beneficio de la Madre Santísima de la Luz.

DÍA XIV.

MEDITACIÓN.

María Madre de la Luz por la luz de gloria accidental que goza.

PUNTO ÚNICO.

Considera que á proporción de la gloria esencial que gozan los santos en el cielo, es también la accidental. Esta es de dos maneras: una que pertenece al alma, y otra al cuerpo del bienaventurado. La primera consiste en el clarísimo conocimiento y dulcísima complacencia que experimenta el alma al ver en el Verbo Divino todas las cosas criadas, tanto del orden de la naturaleza como de la gracia. La admirable economía del universo, el perfecto equilibrio de las causas naturales, la serie de efectos que de ella resultan, la relación de los futuros con el pasado, y todo lo que es acá en el mundo objeto de las ciencias naturales y políticas. En el orden de la gracia, la admirable distribución de los medios para conseguir el fin, que es la salud eterna, la armonía interior y exterior en el gobierno de la Iglesia militante, los castigos de los réprobos en la otra vida, la conversión de los pecadores, los trabajos, victorias y perseverancia de los justos: en una palabra, todo lo que dice relación con la admirable

estructura de la casa de Dios, cuyo fundamento son los santos.

Hay además en la patria celestial un premio particular, un aumento más de gloria, que corresponde, según la doctrina del Angélico Doctor, á los vírgenes, por haber triunfado de la rebelde carne; á los doctores, por haber ilustrado al mundo con sus conocimientos, y á los mártires, por haber despreciado los tormentos y la muerte dando su vida por Jesucristo. Esto es lo que llaman los teólogos aureolas de gloria. El conocimiento concedido á los ángeles y hombres es limitado, y sólo corresponde á sus propias personas; pero el de María es ilimitado y se extiende á todas las criaturas, como Reina que es del universo. « De suerte que sólo ella, dice un piadoso autor, puede entrar en aquel íntimo gabinete en donde la mente Divina abre el registro de aquella su grande ciencia que las escuelas llaman *de visión*, y lee los sucesos de todas las criaturas, pasadas, presentes y futuras, como en un purísimo espejo. Así es que sólo ella pudo decir: « Me introdujo el Rey en su retrete» (1). Nada se esconde al conocimiento de la Virgen Santísima, ni los más íntimos secretos de los hombres ni de los ángeles, según nos asegura el P. Suárez. « La bienaventurada Virgen ve en el Verbo todo lo que Dios ve con ciencia de visión. » ¿Qué más puede decirse? Si alguna cosa puede ignorar, será sólo aquello cuyo conocimiento está servado al Verbo; y aun respecto de estos secretos, es fácil conjeturar que aunque no los sepa de justicia, los sabe de dignidad y gracia.

1 Cant., cap. 1, vers. 3.

De este conocimiento inmenso resulta en el alma de María un inefable gozo, que la enciende más y más en el amor de los bienaventurados, y principalmente de Nuestro Señor Jesucristo, su cabeza. Y como quiera que cuanto uno ama más á otro, tanto más se alegra de su bien, ¿cuál sería la alegría y gloria de la Santísima Virgen cuando Ella ama más á cualquiera bienaventurado que lo que puede ser amado por todos los hombres y ángeles juntos? « Tanto es el amor, dice San Bernardino de Sena, de la Virgen al mínimo de los glorificados, que todo el amor con que en el reino de los cielos toda la naturaleza angélica y humana ama algún bienaventurado, ángel ú hombre, es como el centro respecto de la circunferencia, ó menos, respecto del amor con que la gloriosa Virgen ama al memor de los bienaventurados, sea ángel ú hombre. »

Á esta incomparable gloria de María se agrega la que disfruta por las tres aureolas que majestuosamente la circundan. Siempre Virgen y Reina de las vírgenes, Doctora y Maestra de los Apóstoles y Evangelistas, no sólo mártir, sino Reina de los mártires. ¡Oh qué gloria tan inefable de María!

Pero aguardad, que he dicho poco: una grande, especial é incomparable aureola de gloria circuye todavía más á la Santísima Virgen María. ¿Cuál es ésta? La que exclusivamente le corresponde como Madre de Dios. Por eso dijo San Buenaventura « que la sagrada Virgen está adornada de un singular esplendor más perfecto que toda aureola, y de orden más alto, el cual esplendor es también singularísimo, como insignia de su real majestad,

principado y dominio sobre todos los bienaventurados ».

¿Qué diremos ahora del abismo de gloria en que se inunda y con que resplandece su santo y virginal cuerpo? Para no cansarnos en hacer ponderaciones, aunque bien dignas, bástenos oir á San Máximo, que dice « que toda otra belleza, comparada con la de María, es una fealdad ». La misma Señora reveló á Santa Brígida que ella en el cielo vestía una gala de gloria semejante á aquella de que anda vestido su mismo Hijo[1].

¡Cuánto debe ser tu gozo, oh alma mía, al contenplar á tu muy amada tan hermosa y tan llena de gloria por todas partes! Gózate en buena hora, ¡oh Soberana Virgen María!, de tantos bienes, y hazme, por tu misericordia, participante de tu gloria.

EJEMPLO.

Rosalia Tipani, después de un fiero asalto de apoplejía, había quedado baldada de un brazo, con la boca notablemente torcida, un ojo medio cerrado y otros molestísimos dolores, á que de cuando en cuando se añadía una vehementísima fiebre. Viéndose en tan infeliz situación, se encomendó á nuestra Madre Santísima, de quien tenía una estampa, y mientras oraba sintió que le caían de las narices algunas gotas de sangre dañada, lo que fué señal de la gracia deseada; porque enderezándosele de repente la boca, abierto el ojo, y cesando todo dolor, quedó perfectamente sana, con admiración de los médicos y de cuantos la conocían.

[1] *Rev.*, lib. VII, cap. XX.

DÍA XV.

MEDITACIÓN.

María Madre de la Luz por la Luz de gloria que comunica á los santos en el cielo.

PUNTO ÚNICO.

Considera que la vista de María aumenta muy notablemente el premio de los bienaventurados en el cielo. San Bernardino de Sena llama á esta Señora «escogida como el sol», para iluminar la muchedumbre de los ángeles. Ni puede ser de otra manera; porque así como la Sabiduría infinita ha distribuído los ángeles en coros, y éstos en jerarquías, disponiendo que los inferiores reciban la luz y conocimiento de los superiores, así á María la ha colocado sobre todos los coros y rejarquías, para que de ella reciban toda la iluminación y conocimiento. «María, dice Gersón, no sólo excede por si sola en perfección á todas las jerarquías celestiales, sine que forma una jerarquía perfectísima, que más que ninguna otra se acerca á Dios.» «María, brillando y alumbrando, repite San Buenaventura, en su gloria todo lo mira, y dilata la iluminación de su gloria por todos los ángeles y por todos los santos.»

De esta íntima comunicación de luz que de María se difunde sobre todos los cortesanos del cielo resulta á éstos un gozo y una gloria inmensa en sus espíritus y cuerpos, causando sólo la vista de María en los ojos de los bienaventurados un particular paraíso.

De esta insigne belleza hablan los sagrados libros con el mayor encarecimiento, cuando la comparan ya á la luna, ya á la ciudad de Jerusalén, ó cuando es tenida como la única hermosura. Esta luz, penetrando en sus corazones, produce un incendio de amor inexplicable, que los derrite y anega en su inmenso piélago de dulzura. Y si una sola mirada, un solo pelo de su preciosa cabellera ha sido bastante para aprisionar al divino Esposo, ¿qué será gozar de toda su belleza y extasiarse en su incomparable hermosura? Con razón San Bernardino de Sena dijo, «que el amor que causa en el cielo la Virgen es de temple tan noble, tan ardiente, que más ama un solo bienaventurado á la Virgen, que todos juntos se aman recíprocamente, por más vehemente que sea el amor que ángeles y hombres se tienen entre sí».

Al mérito que en sí misma tiene la Santísima Virgen para ser amada, se agrega la obligación que tienen todos los bienaventurados de amarla. Todos la reconocen como á su bienhechora, pues todos saben que por ella ha venido la salud al mundo. Ella es la puerta por donde todos han entrado en el cielo, como que ha sido la corredentora con su divino Hijo Jesucristo. Ella ha hecho que en los cielos naciese una luz indeficiente; esto es, dice Ricardo de San Víctor, que María ha hecho resplandecer la luz de la gracia en la tierra y la de toda la gloria en el cielo. Y no solamente les ha merecido María esta gloria con sus ruegos, sino principalmente con sus grandes merecimientos al pie de la cruz, ofreciendo la más preciosa víctima al Eterno Padre por los pecados del mundo.

En proporción, pues, de ese intenso amor con que los bienaventurados aman á María, es el gozo que les resulta de su vida y de su eterna posesión; tal es el aumento de su gloria accidental. Por lo que no dudó asegurar San Bernardino de Sena que es mayor el amor que tienen los bienaventurados á María, que el que se tienen á sí mismos, y, por consiguiente, se alegran más de la gloria de la Señora que de la suya propia. Y nada extraño es esto cuando los ángeles mismos, al revelárseles la futura existencia de María, se alegraron más de la creación de esta feliz criatura que de la suya propia. Así le fué revelado á Santa Brígida. De aquí, concluye el Seráfico Doctor, que después de Dios, cuanto hay de más bello, de más dulce, de más alegre en el cielo, ó es la misma María, ó reside todo en María, ó todo se posee y se goza por María. Por eso con toda propiedad es llamada la Señora « Madre de los escogidos », porque en el cielo hace á todos participantes de la sublimidad de su gloria, y de su experimental y práctico gozo de la Divinidad.

La santa Iglesia, atribuyendo á María los caracteres de la sabiduría increada, dice de Ella : « Que es el candor de la luz eterna, espejo sin mancha de la majestad divina é imagen de su bondad. » Por lo que es preciso confesar que ella es un limpísimo espejo en donde se reflejan todas las perfecciones de la Divinidad y de donde se comunica tanta gloria á la celestial Jerusalén. Por eso la misma Señora dijo á santa Brígida : « Yo soy como un espejo de las tres divinas Personas; mi alma y mi cuerpo son más puros que el sol y más limpios que un espejo. Donde como en

su espejo se vieran las tres Personas, si en él se representaran; así en mi pureza se puede ver el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo ». ¡Loada sea la Santísima Trinidad, que crió á María Santísima tan llena de gracias, dones, perfecciones, méritos y gloria!

Y tú, alma mía, llénate de regocijo al contemplar á tu buena Madre ocupando tan eminente trono de gloria; y en medio de los trabajos y aflicciones de esta vida, consuélate con que algún día, si lo llevas en paciencia, á más de la vista de Dios, gozarás también en el cielo de los dulces encantos de María. Hazte digno de la gloria con una cristiana vida.

EJEMPLO.

Á la primera entrada que nuestra Madre Santísima de la Luz hizo en la tierra de Nasso, un hombre, habitualmente sumergido en el cieno de mil torpezas, tocado en el corazón luego que fijó la vista en el rostro de la Madre de pureza, se puso á rogarle que se dignase ahuyentar de su ánimo aquella fatal tormenta que lo combatía. No bien había acabado su oración, cuando sintió una mudanza completa en su espíritu; se confesó con bastante dolor de sus culpas, y continuó una vida verdaderamente cristiana.

DÍA XVI.

MEDITACIÓN.

María Madre de la Luz porque ilustra el entendimiento.

PUNTO ÚNICO.

Considera que los tres caracteres de la luz convienen perfectamente á María. Á saber: iluminar, encender y alegrar. Ella misma nos da testimonio de esta verdad cuando nos dice: «Yo soy Madre del conocimiento, del amor hermoso y de la santa esperanza.» Examinamos por partes estas hermosas cualidades: veamos, primero, cómo ilustra ó ilumina.

Así como el sol alumbra todos los cuerpos sin que haya uno solo que se escape á sus influencias, así la misericordia de María, dice San Buenaventura, se extiende á todos los hombres sin distinción.» La luz de María es universal, continúa el santo Doctor, se extiende sobre los justos, se adelanta á favor de los penitentes, penetra hasta el corazón inmundo de los pecadores, y por todas partes deja las huellas de su beneficencia. Por eso en los Cantares es comparada á la aurora, á la luna, al sol; porque á los penitentes les hace entrever el día de la gracia, á los pecadores con ver el peligro en que se hallan en la tenebrosa noche de la culpa, y á los justos con la gracia les alumbra, cual hermoso y claro día. Oigamos al Papa Inocencio III: «La Virgen, dice, como luna brilla en la noche desterrando las densas tinieblas del pecado, que oprimen á los malos para condu-

cirlos al estado de penitentes. Como aurora luce al amanecer, promoviendo y solidando la conversión de los penitentes, para hacerlos establemente justos y sentar la paz con Dios. Como sol resplandece en el día aumentando el mérito de los justos y haciéndolos siempre crecer hasta su perfecto mediodía de santidad con la práctica de las virtudes cristianas.» He aquí la razón por que la Iglesia militante, compuesta de estas tres clases de gentes, eleva sus ruegos al trono de María reconociéndola como su universal protectora.

No cabe la menor duda en que los pecadores son el objeto de los maternales cuidados de María. «Penetraré, dice la Señora, lo ínfimo de la tierra, y visitaré los dormidos»[1]. Sobre cuyas palabras dice San Bernardino de Sena, que la gran Madre de la Luz es la que penetra con su luz las madrigueras más tenebrosas y obscuras de la conciencia, y allí alumbra la ceguedad y expele el profundo sueño en que yacen los pecadores olvidados de su eterna salud. Y por eso no dice: «sacudiré á los dormidos»; para denotar que ella no despierta á los pecadores del letargo de la malicia moviéndolos con amenazas ó hiriéndolos con castigos, sino llamándolos á penitencia con la eficacia de su dulce vista, y por lo mismo añade: «y miraré á los que duermen». Por la misma razón, la santa Iglesia la dirige con ternura todos los días esta hermosa súplica: «vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos.» ¿Ni en qué otra cosa mejor puede emplear María los ricos tesoros

[1] Eccles., cap. XXIV, vers. 45.

de gracia de que es depositaria y administradora fidelísima? Ella, continúa el citado Padre, tiene jurisdicción sobre todas las procesiones temporales del Espíritu Santo, y por eso, por sus manos se administra toda gracia á los que quiere, cuando quiere, y como quiere.

Pero parece que tiene muy particular empeño en ilustrar á los descarriados, para que, convertidos, formen su corona; y el recuerdo de los pecadores es la principal gloria que el Real profeta le atribuye. Véase todo el salmo LXXXVI, que no es otra cosa más que un completo panegírico de María. ¿Mas cuáles son las gloriosas hazañas que en él tanto se celebran? ¡Ah! No son, por cierto, las victorias conseguidas sobre el infierno, no la gloria de sus eminentes privilegios, no la exaltación y grandeza debidas á sus incomparables méritos; son los recuerdos, sí, los recuerdos que ella hace de los más asquerosos y abominables pecadores. Por depravado que sea el pecador, por desesperada que parezca su salud eterna, María no se olvidará de favorecerlo, protegerlo y salvarlo, siempre que el miserable no la eche en olvido. Estos son los leones y pardos, cuya corona le ofrece el Divino Esposo, los cuales por la penitencia se convierten en brillantísimas estrellas, como lo vió San Juan. Las fieras, por la gracia, dice Ricardo de San Lorenzo, y oraciones de María, se hacen estrellas para ajustarse á la cabeza de tan grande Reina. ¡Oh pecadores!, por graves é incontables que sean vuestros pecados, no desesperéis de vuestra salud eterna á vista de tan viva luz. Acudid á María, que ella os salvará.

Es costumbre del enemigo infernal obscurecer y atenuar la fealdad y gravedad de la

culpa antes de que se cometa; como también exagerar la Divina clemencia para que el pecador sin miedo ni temor se arroje á toda clase de excesos y se pierda. Por el contrario, después que se ha cometido el pecado, infunde el maldito una gran vergüenza para que no se confiese, lo abulta, pintando su deformidad con los colores más negros, rebaja la misericordia de Dios y exalta los derechos de su justicia, con lo cual el alma que trata de arrepentirse y quiere volver al sendero de la justicia, se aterra, se confunde, y muchas veces desespera. Aquí es donde María, como apacible Aurora, se presenta difundiendo sus consoladoras luces, «penetraré á lo más bajo de la tierra, iluminaré á todos los que esperan en él». Quiere decir, según la doctrina de San Bernardino de Sena, «con mi ilustración haré que conozcan á Dios y esperen en El». Con lo que María adquiere un verdadero derecho haciéndose Madre de los pecadores arrepentidos; y no solo, sino un nuevo título de Madre de Jesucristo á quien de nuevo da á luz en cada uno de éstos.

Y si estas finezas usa María con los pecadores, ¿cuáles serán las que emplea con los justos? ¡Ah! sobre éstos derrama torrentes de luz que los ilustra y dirige con más seguridad por el camino de la perfección; mostrándoles unas veces sus imperfecciones para que las enmienden; fortificándolos otras en sus buenos propósitos para que los cumplan; ora haciéndoles conocer y seguir las inspiraciones del cielo, ó bien sosteniéndolos en los combates espirituales y alcanzándoles la perseverancia en la virtud. «Ciérrense las ventanas de alguna estancia, dice San Alberto; si no

hay luz por fuera, quien está dentro no puede descubrir los resquicios, los defectos y los vicios de ella. Mas haced que despunte el día; aquellos mismos ojos, que poco antes ningún daño veían, comienzan á descubrir todas las brechas, todas las rendijas, todas las aberturas, y cuanto más crece la luz tanto mejor se ve lo que está dentro. Así el justo favorecido de María entra en sí mismo y descubre en lo profundo del corazón toda mancha aunque mínima que ahí esté de culpa, todo lunar de pecado, todo átomo de imperfección que antes parecía invisible. La Virgen ilumina el entendimiento con un sincero conocimiento así de la propia bajeza como de la grandeza de Dios, que son los dos quicios en que se mueve toda la arquitectura del santuario. » En una palabra, siendo esta vida un encrespado mar por el que no es preciso navegar para llegar al puerto de la salvación, ya sea por la inocencia conservada ó recobrada por la penitencia, es indispensable, si no queremos naufragar, el no apartar jamás nuestras miradas de la Divina Estrella María. Tal es la eficacia de su protección : tan vivos así son sus resplandores.

¡Oh alma mía! Agradece á tu bienhechora sus caritativos oficios, y no te separes de su amoroso patrocinio; pídela te ilumine, para que no duermas el sueño de la muerte eterna y se burlen de ti tus crueles enemigos.

EJEMPLO.

Un pecador á quien tenía completamente perdido una indigna relación, ocurrió á nuestra Madre Santísima de la Luz, cuya imagen

traían los misioneros, implorando su poderoso auxilio para apartarse de la culpa. Apenas hubo acabado de rezar devotamente una salve, cuando sintió trocársele el corazón en términos que tomó la determinación de confesarse. Pero como la pasión impura había echado en él profundas raíces, era cruelísima la guerra interior que experimentaba. Por lo cual, ocurrió de nuevo á implorar el auxilio de la Reina de las Vírgenes, y fué tan agradable á la Señora el fervor de su oración, que le alcanzó en el acto de su Santísimo Hijo la gracia que deseaba. Hizo confesión general de sus culpas; entabló una vida cristiana, y suplicó al confesor no tuviese oculta gracia tan particular, sino que la publicase á honra y gloria de María.

DÍA XVII.

MEDITACIÓN.

María Madre de la Luz porque enciende los corazones.

PUNTO ÚNICO.

Considera que la Luz de María no solamente ilustra el entendimiento, sino que también inflama el corazón de todos cuantos ocurren á ella. Con la ilustración del entendimiento el alma descubre la grandeza de Dios, la propia miseria y la vanidad del mundo; y á proporción que el corazón queda vacío del amor de las criaturas, se llena del amor divino. Por esto San Laurenzo Justiniano nos exhorta á